

triunfo de la cruz de Cristo, en que los rosetones, con sus pétalos de diamante, figuran la rosa eterna cuyas hojas son las almas redimidas, en que las líneas expresan el anhelo de espiritualidad que atormenta las almas, en que la luz llega transformada por las vidrieras en púrpura sangrienta y en sobrenaturales fulgores de amatista y de topacio, como si fuesen reflejos del paraíso, en que todo es originalidad e intemperancia, atrevimiento y delicadeza, curiosidad y fantasía, desprecio de la masa y de la razón, fe ciega y esperanza jubilosa. Haces de columnas ligeras se acumulan en torno a los pilares, las galerías aparecen suspendidas en el espacio, los campanarios se confunden con las nubes, los chapiteles suben hasta el cielo, los pórticos se llenan de un mundo infinito de estatuillas, los muros se coronan de gárgolas y pináculos, florece el encaje y la filigrana, el recinto se puebla de monumentos funerarios, y la cristalería multicolor, la exageración del ornato, el esplendor del follaje y del entrelazado, la minuciosidad prodigiosa del detalle, llegan a hacernos pensar en aquellas palabras que canta la Iglesia en el oficio de la dedicación de sus templos: «Vi la ciudad santa de Jerusalén, que bajaba del cielo como una esposa adornada para su esposo». Es el traje rutilante y florido de una novia, es el manto recamado y lujoso de una reina, un imponente y delicado atavío, que nos evoca la poesía delicada, la inspiración inquieta, la violenta aspiración, la angustia de infinitud y la pasión desmesurada del hombre europeo en aquel momento culminante de tensión religiosa.

El proceso se rompe con la aparición del Renacimiento, cuya arquitectura, consecuente con su principio de hacer ante todo y sobre todo obra de arte, rompe con la tradición simbolista, con el sentido litúrgico y, con frecuencia, con la inspiración religiosa. Antes se buscaba el místico fervor, y todo lo demás venía por añadidura; ahora se busca la libre inspiración, o la norma de Vitrubio o el ejemplo del panteón y el del coliseo. Más que la orientación de la plan-

ta, más que el idealismo alegórico, más que la piedra teologizante, importan los órdenes superpuestos, la pureza de las líneas y el precedente de los monumentos grecolatinos. Todo esto parecía en oposición al espíritu que se desprendía de las páginas evangélicas, y no obstante, debido al esfuerzo de una docena de maestros colosos de la arquitectura, la nueva tendencia cuajó en una nueva forma del arte cristiano que produjo verdaderas obras maestras, en las cuales, a la vez que el ideal del arte, se siente el ideal de Dios. Es el arte de la reforma, en que se hermana la grandiosidad con la sencillez, y se armoniza la masa con la línea, y se juntan la suntuosidad con la serenidad y el equilibrio. Difícilmente logra desasirse de la frialdad clásica, pero tiene bastante flexibilidad para conseguir una adaptación que le permitirá dominar en el mundo cristiano durante cuatro siglos. Y esto parece ser una prueba evidente de que también él tiene una fuerza íntima para colaborar con la fe y preparar la casa de Dios.

Porque, basilical o renacentista, bizantina u ojival, el templo cristiano debe ser eso ante todo: la casa de Dios. Es significativo que desde el comienzo del cristianismo el edificio material en que se reunían los fieles empezó a designarse con la misma palabra, que expresaba la asamblea misma de los cristianos: *Ecclesia*. De hecho, el edificio no es más que la elemental condensación o el estuche material del templo vivo de Dios, que son las almas de los cristianos, y esta verdad debe reflejarse en la estructura misma de la construcción. Así como la Iglesia de Dios está integrada por el pueblo y el clero, en el templo encontramos la nave encabezada por el coro y el presbiterio, en cuyo vértice se alza la cátedra del obispo; y así como la asamblea de los fieles, según el antiguo rito, se colocaba en dirección al Oriente cuando rezaba, como si saliese al encuentro del Resucitado, del mismo modo el edificio en que la asamblea se reúne es como un navío que se dirige hacia el Oriente, pues ésta debe ser la orientación de las iglesias,